

## DIARIO

1816. 24 de abril.— Salí de Londres a las 10 de la mañana, con Lord Byron y los caballeros Scrope Davies, y J. Hobhouse<sup>7</sup>.

La vista desde Shooter's Hill era extensa y hermosa, siendo de una escala muy superior a la vista desde Stirling<sup>8</sup>.

La llanura, esmaltada con varios colores según el diferente crecimiento del grano, se extendía muy lejos ante nuestra vista y estaba dividida irregularmente por el río. El Támesis, luego, con sus majestuosas ondulaciones, fluía llanura abajo, llevando numerosas flotas sobre su caudal. Sus orillas en muchas partes eran hermosas. Los bancos calcáreos se alternaban con las colinas ondulantes, que se elevaban de las olas, de un agradable marrón verdoso, el

---

*rias* de Dumas está ocupado por un relato de la representación de una obra de teatro francesa basada en ella.

7. Scrope Berdmore Davies había sido uno de los compañeros de estudios e íntimos de Byron en la Universidad de Cambridge, y había continuado siendo familiar con él en la Abadía de Newstead y en otros lugares. Ha sido descrito como «no menos notable por la elegancia de su gusto que por una generosidad de mente noble.» El señor John Cam Hobhouse (más tarde Sir J. C. Hobhouse, y finalmente Lord Broughton de Gifford) fue, no hace falta decirlo, un amigo particularmente cercano de Byron. Lo había acompañado en sus viajes por Grecia antes del comienzo de *Childe Harold*, escribió notas para ese poema, y hasta el final defendió la esencial nobleza del carácter de Su Señoría. La intención de Byron de viajar junto con Hobhouse en la primavera de 1816 no fue un proyecto nuevo concebido a consecuencia de su separación, consumada el 22 de abril, de su esposa. Había albergado este plan antes de que naciera su hija Ada el 10 de diciembre de 1815, y se lo había anunciado a su esposa, a quien la idea no le resultó agradable.

8. Polidori menciona Stirling, siendo sin duda una reminiscencia suya, de los días en que estuvo en Edimburgo para obtener su título de médico.

efecto del primer amanecer de la primavera en la creación vegetal.

En Canterbury, vimos la Catedral. No sé cómo fue, si mi mente había sido preparada previamente para la visión de la naturaleza gloriosa y recibir impresiones agradables, pero el lugar donde se encontraban el altar mayor y la tumba de Thomas Becket me causó uno de los efectos más bellos que jamás había visto surgir de la arquitectura gótico-sajona; pues, aunque no tenía toda la ligereza y la altura impresionante que había visto en otras catedrales, sin embargo, su sencilla belleza me agradó más que cualquier cosa que hubiera visto hasta entonces.

Volviendo a montar, pronto llegamos a Dover, donde dormimos, después de que el capitán del barco-correo nos hubiera incordiado lo suficiente.

25 de abril.— Este día lo pasamos en Dover. La mayor parte se dedicó a conseguir lo que se había descuidado en Londres y a confirmar que el carruaje estuviera bien asegurado. Después de cenar, sin embargo, fuimos en busca de la tumba de Churchill<sup>9</sup>, erigida, según habíamos oído, en su memoria por su amigo Wilkes. Llegados a la casa del sacristán, este nos condujo a una iglesia en ruinas, a través de la cual llegamos a un cementerio, donde los niños, despreocupados e inconscientes de lo que pisoteaban, corrían juguetonamente entre las tumbas de césped alto. Nos señaló una lápida, indistinguible de las de los comerciantes cercanos. Tenía meramente, como estas, una tablilla cuadrada clavada en el suelo, donde estaba escrito:

---

9. Charles Churchill, el satírico, un clérigo que había renunciado a su posición en la Iglesia, había muerto en 1764 en Boulogne, con solo treinta y tres años. Está claro que su fama todavía era considerable en 1816; ahora es apenas más que una reminiscencia literaria.

Aquí descansan los restos del célebre Churchill.  
Vida hasta el final disfrutada, aquí Churchill yace.

El césped verde ya estaba empezando a declinar sobre su tumba, lo cual, cuando el sacristán oyó nuestro lamento, nos aseguró que esta, al igual que el resto, sería decorada de nuevo tan pronto como la Naturaleza vistiera su verde más completo, pues esa era una antigua costumbre. Churchill solo le debía, entonces, a una mano vulgar lo que el orgullo de un amigo rehusó: la seguridad de su lugar de entierro. Wilkes solo buscó la satisfacción de su vanidad. Mientras confiaba las últimas reliquias de su amigo a la custodia de una tablilla, confiaba su propio orgullo por tal amigo a la custodia de una columna en sus propios terrenos. Sin embargo, no sé si la escena no hubiera sido más conmovedora si ninguna inscripción vanamente pomposa señalara el lugar donde este poeta fue enterrado.

Había dos autores; uno, el más distinguido de su época; otro, cuyo nombre está ascendiendo rápidamente (y un tercero, ambicioso de distinción literaria). ¡Qué lección fue para ellos cuando, al preguntar al sacristán si sabía por qué tantos venían a ver esta tumba, dijo: «No sabría decir; yo no fui quien lo enterró!»<sup>10</sup>

---

10. Byron, después de establecerse en Villa Diodati cerca de Ginebra, registró este mismo incidente en una composición titulada *Churchill's Grave, a Fact Literally Rendered*. Escribió un memorándum para decir que en este poema había imitado intencionalmente el estilo de Wordsworth, «sus bellezas y sus defectos.» La composición es, por lo tanto, esencialmente no-byroniana en método, y quizás Wordsworth no habría reconocido en ella muchas de sus propias «bellezas.» Las líneas del poema de Byron son las siguientes:

« Me detuve junto a la tumba de aquel que brilló/Cual cometa de una estación, y vi/El más humilde de los sepulcros, y miré/Con no menos pena y asombro/Aquel césped descuidado y silenciosa piedra,/Con nombre no más claro que los nombres ignotos/Que yacían sin leer a su alrededor. Y pregunté /Al jardinero de aquel lugar por qué sería/Que por

Luego regresamos a casa, donde, habiendo depositado mi obra de teatro en sus manos, tuve que escuchar cómo se reían de ella (un autor siempre tiene una excusa), en parte, creo, por la forma en que fue leída. Sin embargo, uno de los presentes —para calmar, supongo, mi ánimo agitado— tomó mi obra y leyó una parte prestando gran atención, lo que provocó aplausos de aquellos que antes se habían reído. Leyó con tanto interés que los otros declararon que nunca antes habían estado tan atentos<sup>11</sup>.

Luego salí e hice algo muy absurdo y descubrí que no sólo me había hecho daño a mí mismo, sino que posiblemente podría dañar a otras personas a quienes quería mucho más.

---

esta «planta» extraños interrogaban su memoria, /A través de las densas muertes de medio siglo./Y así me respondió: “Bueno, no sé/Por qué viajeros frecuentes se vuelven peregrinos:/Él murió antes de mi época de sepulturero,/Y no me tocó cavar esta tumba.”/¿Y es esto todo? pensé; ¿y desgarramos/El velo de la inmortalidad, y anhelamos/No sé qué de honra y de luz/A través de siglos nonatos, para soportar esta plaga/Tan pronto y tan fallida? Como dije,/El arquitecto de todo lo que pisamos/(Pues la tierra no es más que una lápida) intentó/Extraer la memoria de la arcilla/Cuyas mezclas podrían confundir el pensamiento de un Newton,/Si no fuera porque toda vida debe terminar en una sola cosa,/De la cual no somos más que soñadores. Mientras captaba/Cual si fuera el crepúsculo de un sol pretérito,/Así habló: “Creo que el hombre de quien/Usted sabe que yace en esta tumba seleccionada,/Fue un escritor muy famoso en su día;/Y por eso los viajeros se desvían de su camino/Para rendirle homenaje; y yo, lo que sea/Que a vuestra merced le plazca.”/Entonces, muy complacido, sacudí/Desde el avaricioso rincón de mi bolsillo/Algunas contadas monedas de plata, que (como si fuera/Por la fuerza) le di a este hombre; aunque pude/Permitirme tan poco y con inconveniencia. Vosotros sonreís/(Os veo, profanos, todo el tiempo)/Porque mi humilde frase diría la verdad./Vosotros sois los tontos, no yo; pues yo me demoré/Con un pensamiento profundo y con un ojo enternecido/En la natural homilía de aquel viejo sepulturero,/En la que había oscuridad y fama:/La gloria y la nada de un nombre.»

11. Más adelante, parece que esta obra de teatro se llamaba *Cajetan*. No sé nada al respecto. El nombre Cajetan es en italiano Gaetano, que era el nombre de pila del padre de Polidori.

26 de abril.— Embarcamos a las 9 en punto, muy apurados, con tres «sirvientes»<sup>12</sup>.

Cuando nos pusimos a distancia, agitamos las manos y los sombreros, despidiéndonos. El viento estaba completamente en contra, pero hicimos el pasaje en dieciséis horas. La costa de Dover es muy impactante, aunque de aspecto miserablemente árido. El acantilado es escarpado, aunque no como lo pinta Shakespeare. El castillo —desde la distancia, que es la única forma en que lo vi— es miserable. Zarpando de Inglaterra, mantuve mi vista por mucho tiempo en sus severos acantilados blancos, pensando en aquella que me pidió que uniera su recuerdo con la última visión de mi suelo natal<sup>13</sup>.

Finalmente se desvanecieron de mi vista, y todo a bordo quedó sombrío; el mar nos salpicaba y el conjunto revestía un aspecto penoso. Hacia la noche, vi un espectáculo hermosísimo, cuando solo permanecía en cubierta. Las estrellas que derramaban apenas luz crepuscular me permitieron admirar la fosfórica espuma rota en todo su esplendor. Pero el momento más hermoso fue el de su primera aparición: ningún sonido alrededor excepto el sordo fluir del navío y los gritos roncós del marinero que se agitaba; ninguna luz excepto un crepúsculo melancólico, que calmó la mente y le hizo olvidar su pena por un momento. Una hermosa estela seguía la sonda a través de las olas. Llegamos a Ostende a las 2 de la mañana<sup>14</sup>.

---

12. Esto significa, a juzgar por una carta publicada de Byron, las nueve en punto de la tarde del 25 de abril. Los tres sirvientes eran Berger (un suizo), William Fletcher y Robert Rushton. Davies y Hobhouse, se entenderá, permanecieron en tierra.

13. Esto apunta bastante claramente a un pasaje amoroso, quizás un compromiso matrimonial. De hecho, Polidori nunca se casó. La dama posiblemente pudo haber sido Eliza Arrow, una pariente en la India, con quien, en una fecha algo anterior, había intercambiado varias cartas.

14. La cronología de Polidori es un poco confusa aquí. Si el grupo salió de Dover a las nueve de la tarde del 25 de abril, y tardó dieciséis horas en